

Los principios artísticos de Dostoievski.

Capítulo III

La concepción del hombre¹

Si el mundo de la novela se define por la organización espacial y temporal de la obra, su corazón siempre ha sido y será la comprensión inherente que el escritor tiene del hombre.

Aun reconociendo la validez de muchas de las amargas verdades de Ortega y Gasset, que en su célebre *La deshumanización del arte* señalaba la extinción del elemento humano en el arte contemporáneo, nunca estaremos de acuerdo en aceptar esto como ley de todo arte sincero. Hasta en las más oscuras alegorías de Franz Kafka, cuyos personajes Alberto Moravia calificó de «meras personificaciones del inconsciente», la problemática humana es el verdadero contenido. Aunque los personajes de Kafka no tengan personalidad, ni aspecto físico, ni siquiera nombre completo, así y todo, Kafka habla del horror y la resistencia incluso de este hombre impersonal. El corazón del mito kafkiano toma su forma de una determinada concepción del hombre.

Tanto más aplicable es esta verdad a la obra de Dostoievski, donde ya la organización espacio-temporal de la novela está éticamente condicionada (véase el capítulo primero). La obra de Dostoievski es antropocéntrica y la correcta comprensión de su concepción del hombre adquiere suma importancia a la hora de investigar los principios de su arte novelesco.

Como es sabido, una de las principales características del materialismo premarxiano era el antropologismo, un entendimiento del hombre como producto supremo de la naturaleza, dirigido contra el enfoque idealista del hombre y la separación dualista de alma y cuerpo. Pero al mismo tiempo, el abstracto «hombre en general» aparece desvinculado de la sociedad. El antropologismo se caracteriza por una incompreensión de la esencia social del hombre y de su conciencia. Jean-Jacques Rousseau creía que el hombre es bueno por naturaleza, que en el estado de naturaleza entre las personas reinaban la amistad y la armonía, las relaciones de libertad idílica y la igualdad natural. Rousseau declaraba que la causa de la desigualdad era la propiedad privada. «Todo progreso ulterior no representaba más que un progreso aparente hacia la mejora

¹ Texto tomado de R. G. Nazírov: *Los principios artísticos de Dostoievski*, Editorial de la Universidad de Sarátov, Sarátov, 1982, págs. 27-37. [Nota del traductor].

del hombre individual -escribía-, de hecho, este progreso iba en el sentido de la decadencia del género humano. La metalurgia y la agricultura fueron las dos artes cuyo descubrimiento provocó esta descomunal revolución».

La corrección del hombre debe ser un retorno al estado de naturaleza. La naturaleza humana es inmutable, de sus propiedades básicas es posible derivar principios éticos y sociológicos matemáticamente fiables, en concordancia con los requisitos de la naturaleza humana para llegar a un orden social ideal. El entorno y la educación desempeñan un papel decisivo en la formación del hombre. Los vicios del entorno social se explican por la ignorancia y la superstición de la gente. Los ilustrados creían que «la opinión gobierna el mundo».

Se trataba de un círculo vicioso: resultaba ser que el entorno era el resultado de las opiniones. Para cambiar el mundo, era necesario iluminarlo, disipar la oscuridad de la ignorancia: los ilustrados se veían a sí mismos como los educadores de la humanidad, sin plantearse la pregunta: ¿y quién educó a los educadores? Olvidaron que ellos mismos eran producto del mismo entorno todopoderoso: pusieron la Razón por encima de la Historia.

El antropologismo de la Ilustración fue heredado por los socialistas utópicos del siglo XIX. Ellos permanecían en el mismo círculo vicioso, explicando las propiedades cambiantes del entorno por las propiedades inmutables de la naturaleza humana. A fin de cuentas, resultó que la humanidad estaba completamente sujeta a las leyes de su propio desarrollo mental. Así, el materialismo se fusionó con una visión subjetivo-idealista de la historia: la ley del desarrollo se convirtió para los socialistas utópicos, como demostró brillantemente G. V. Plejánov, en un destino, adquirió una connotación mística.

Charles Fourier fue, en muchos aspectos, el sucesor de Rousseau y, a su vez, ejerció mayor influencia en el movimiento de liberación ruso, sobre todo en el Círculo de Petrashevski y, entre ellos, en el joven Dostoievski.

El fourierismo, en particular las enseñanzas de Fourier sobre el libre albedrío y las enseñanzas acerca de las pasiones, resultó ser la principal escuela filosófica de Dostoievski. Fourier sostenía que Dios, de acuerdo con las leyes de las matemáticas, creó al hombre y a todas las cosas a partir de la materia, pero luego concedió al hombre plena libertad de acción de acuerdo con las leyes de las pasiones, que encarnaban en el hombre el designio y la voluntad de Dios. La existencia de Dios es la base del libre albedrío. Dios creó al hombre para la felicidad. Sólo la incomprensión (causada por la teología y la

filosofía) de estas leyes básicas del ser en general y de la relación entre el hombre y Dios en particular ha sido la causa de la miseria y el desasosiego de la sociedad. Fourier llamó «mártir» al hombre en el cual reina una discordancia entre las aspiraciones naturales puestas en él por el creador y la imposibilidad de seguir estas aspiraciones.

Fourier sostuvo que la libertad del comportamiento humano frente a la intervención de Dios es la base de la moralidad y la fuerza motriz de la historia, al afirmar: «Si la intención de Dios hubiera sido que no hiciéramos el mal y que estuviéramos limitados, restringidos por los lazos de la ley y la religión, eso significaría que deseaba esclavizarnos: el hombre quedaría reducido al nivel de un animal». Así, Fourier defendió la moral ante el fatalismo y la doctrina religiosa de la predestinación (la virtud forzada no es más que cobardía e hipocresía). Pero Fourier también se opuso a la arbitrariedad total. Habló de la «libertad de elección» del hombre, guiado por su «impulso natural», el cual empuja al hombre hacia el bien y no hacia el mal. Se trata de una evolución de la idea de Rousseau acerca de la bondad natural del hombre y distorsionada por los vicios de la civilización.

La concepción del hombre en Dostoievski tiene muchos puntos de contacto con Fourier y, a través de él, con la doctrina de Rousseau. Sin embargo, con el paso de los años, Dostoievski se alejó de esta concepción del hombre, creando su propio concepto, mucho más complejo y contradictorio. En parte, continuó la lucha de Fourier contra el fatalismo, que relega al hombre al nivel de un animal (el propio Dostoievski utilizó siempre la imagen del «hormiguero», entendiéndola como una utopía primitiva del comunismo cuartelario que fue criticado sin piedad por Marx y Engels). Por otra parte, Dostoievski revisó en gran medida las enseñanzas de Fourier sobre las pasiones.

En el siglo XIX, la teoría del entorno (la explicación causal del hombre a partir de las condiciones externas) se convirtió en una de las doctrinas centrales del materialismo premarxiano (mecanicista). Esta teoría rechazaba cualquier forma de libre albedrío personal y negaba el carácter objetivo del azar, lo que conducía directamente al fatalismo. Los defensores de esta teoría respondían a todas las críticas morales con las palabras: «El entorno nos devora». La pasividad social también se explicaba por la influencia opresiva del entorno y la imposibilidad de actuar. Así, el héroe del relato «Correspondencia» de Turguéniev decía: «Todos somos culpables, pero no se nos puede culpar. Las circunstancias nos definen; nos ponen en un camino u otro y, luego, hasta nos ejecutan».

Muchos discursos de los demócratas revolucionarios iban dirigidos en contra de

las conclusiones fatalistas de la teoría del entorno. Por ejemplo, Dobroliúbov, en su artículo «Benevolencia y acción» (1860), a propósito de esta cuestión, argumenta contra la «escuela de Turguéniev» y su motivo constante «el entorno devora al hombre». Dobroliúbov considera que este motivo es fuerte e importante, está lejos de negar la dependencia del hombre del entorno y de las circunstancias, pero se opone a la noción fatalista del poder irremediable del entorno sobre el hombre. No sólo el entorno determina al hombre, sino también el hombre determina el entorno. Si las circunstancias son hostiles al hombre, es menester cambiarlas. Dobroliúbov tenía en mente una transformación revolucionaria de la sociedad.

Dostoievski, tras su encarcelamiento, depositó grandes esperanzas en la transformación de la sociedad mediante reformas, pero pronto se desilusionó de su eficacia. Llegó a la idea de transformar la vida mediante un renacimiento moral y religioso de la gente, considerando que las vías fundamentales para este fin eran la prédica cristiana de acercamiento a la moral popular, las obras de beneficencia particulares y los ejemplos de ascetas y filántropos. No negaba el impacto del entorno sobre el hombre, pero consideraba humillante que éste se sometiera pasivamente a las circunstancias. Al exagerar la influencia del entorno y subrayar dramáticamente la urgencia moral de la toma de acción, Dostoievski llegó a una visión trágica de la vida y de la posición del hombre en el mundo. Su concepción del hombre empieza a parecerse a una versión extremadamente dramatizada de la teoría de Fourier. La «no interferencia» de Dios en el destino de los hombres le parece un peligro terrible. Jesucristo se convierte en la única guía para el hombre según Dostoievski.

Ya en *Memorias de la casa muerta* (1861) Dostoievski expresa la idea de la excepcional singularidad de cada personalidad humana. La naturaleza humana no encaja en ningún esquema: «La realidad es infinitamente diversa, en comparación con todas las conclusiones, hasta las más ingeniosas, del pensamiento abstracto y no tolera las distinciones tajantes y abarcativas. La realidad tiende a la fragmentación».

Y más adelante, reflexionando acerca de la interacción entre el entorno y la personalidad, dice: «Ya sería hora de que dejemos de quejarnos apáticamente del entorno, de que nos devora. Es cierto que nos sujeta en muchas cosas, mas no en todas, y a menudo un bribón astuto y perspicaz encubre hábilmente y justifica con la influencia de dicho entorno no sólo su debilidad, sino a veces también su lisa y llana mezquindad...».

Critica la tesis sobre la bondad innata del hombre: «Las cualidades del verdugo

están en embrión en casi todos los hombres *modernos*. Pero las cualidades salvajes del hombre no se *desarrollan* por igual. Si en una persona estas propiedades adquieren fuerza y dominan a todas las otras, entonces tal persona, por supuesto, *se vuelve* terrible y fea» (la cursiva es nuestra - R.N.). Así critica Dostoievski el antropologismo de la Ilustración. Pero sus aseveraciones pesimistas se contradicen con una nota luminosa al final de la *Casa muerta*: «¡Y cuánta juventud ha sido enterrada inútilmente entre estos muros, cuántas fuerzas enormes han perecido aquí en vano! Al final, todo hay que decirlo: este pueblo era, al fin y al cabo, un pueblo *extraordinario*» (cursiva nuestra - R. N.).

En *Memorias del subsuelo* (1864) ridiculiza la teoría de las pasiones de Fourier, las utopías ingenuas basadas en la creencia de que es posible calcular matemáticamente los bienes y las necesidades del hombre y critica duramente la antropología de Rousseau y Chernyshevski. Dostoievski describe la confusión y el carácter antinómico del alma humana, básicamente inexpugnable a la indagación racional. El rechazo de un enfoque externo del hombre como objeto es de importancia fundamental para la visión del mundo y el arte de Dostoievski.

El escritor siguió vinculado a la tradición antropológica. Según V. A. Svitelski, la posición ideológica de Dostoievski «marca la etapa más tardía del desarrollo de la tradición ilustrada en la literatura rusa del siglo XIX, propiamente su desaparición, su muerte, su transición a la autonegación. Lo que queda de la teoría del hombre primitivo –en el supuesto utópico de la «espiritualidad primitiva»– está en el niño, en el bicho raro, en el pueblo y su conciencia de la tierra (*póchvennichestvo*). Pero, en el universo artístico de Dostoievski, su realización práctica en la vida es posible sólo como una experiencia con resultados trágicos, conocida por el autor (la historia de Myshkin). Dostoievski ve un escape de ese callejón sin salida en la constancia del valeroso esfuerzo trágico del hombre, en el ideal estoico de servir “al mundo”»².

La obra de Dostoievski se caracteriza por el principio de singularidad de cada individuo. En la literatura del Romanticismo, lo singular era el héroe en oposición a la multitud anónima. En Dostoievski, cada ser humano mostrado en su obra tiene valor en sí mismo, no se lo puede definir por otros valores (origen y posición social, cultura, virtud, etc.). Cualquier persona tiene derecho a declarar su desacuerdo con la necesidad del

² V. A. Svitelski: *La relación con el mundo de Dostoievski y los principios de su cristalización en las novelas del escritor de los años 60-70*. Resumen de Tesis para Candidatura de Ciencias Filológicas. Voronezh, 1971.

mundo: el borracho Marmeládov es tan significativo como el protagonista de *Crimen y castigo*, un niño pequeño es un individuo y el escritor ya ve su carácter; un *muzhik* cualquiera, un transeúnte, un pequeño burgués en las calles están llenos de dignidad interior y los personajes más «antirrománticos» irrumpen en la trama, trastocando las construcciones de los personajes principales (por ejemplo, el pintor Mikolka). Para Dostoievski, no existen las personas no interesantes.

Uno de los puntos principales de la antropología de Dostoievski, nunca expresado por él en una fórmula, pero que se desprende de todas sus producciones, es que en cada ser humano hay oculto un núcleo ético imposible de exterminar. Dostoievski no cree que «el hombre es bueno por naturaleza»; él ve en el hombre la lucha entre el bien y el mal e interpreta ésta con asombrosa inconsecuencia. A veces, esta maldad del alma humana es comprendida por él como el resultado de un mundo enfermo, de la civilización burguesa y de siglos de barbarie impresos en las almas de todas las personas. Los cuadros que crea de la «edad de oro» parecerían hablar de su convicción en la pureza y la salud moral del hombre antiguo. Otras veces, Dostoievski, tanto a título personal como en nombre de sus personajes, expresa la opinión de que lo mismo el bien que el mal son inherentes a la naturaleza humana («el hombre es déspota por naturaleza y ama ser torturador»). Pero si no se puede declarar al hombre como bueno por naturaleza, como creía Rousseau, el hombre sí es ético por naturaleza. Esto significa que los conceptos de verdad y bondad viven en cada hombre, hasta en el último canalla. Incluso en la caída, en el crimen, una persona siente, consciente o inconscientemente, su culpabilidad. En los cínicos más empedernidos, el sentimiento de culpa se expresa en un hastío insoportable que mata las ganas de vivir, en sueños pesadillescos que transforman el remordimiento de la conciencia. Estos sueños y fantasmagorías hacen que criminales como Svidrigáilov y Stavroguin se den cuenta de su culpabilidad y los empujan al suicidio. El «juez terrible», con el que Lérmontov amenazó a los asesinos de Pushkin, vive en lo más profundo del alma de cada ser humano. La conciencia, principio moral, es innata o está profundamente oculta: una persona puede no darse cuenta de que tiene una conciencia, puede blasfemar y pecar, pero en el momento decisivo ésta despierta y reclama sus derechos.

La lucha entre el bien y el mal en los personajes de Dostoievski adopta fundamentalmente la forma de una lucha entre la razón egoísta y el subconsciente humano. El ser humano es extremadamente complejo e intrínsecamente contradictorio: a la par de costados oscuros, irracionales y crueles, la psique humana contiene un principio

luminoso: el deseo de unidad con la gente, un anhelo eterno de armonía y amor. El conflicto intrapsíquico aparece a un tiempo como reflejo de las contradicciones de la realidad social y como la eterna lucha metafísica entre Dios y el diablo.

El antropologismo de Dostoievski tiene un carácter religioso. Ya se ha mencionado que Fourier consideraba la existencia de Dios como la base del libre albedrío, que a su vez sirve de fundamento para la moral. Las ideas de Dostoievski están muy próximas a estos puntos de vista. La profundidad de su religiosidad es problemática, pero sin religión no podría imaginar la moralidad («no hay virtud si no hay inmortalidad»). En realidad, la existencia de Dios y la inmortalidad del alma son postuladas por Dostoievski en nombre de la preservación de la humanidad. El esquema de su antropologismo se vio reflejado en la famosa nota de 1864, hecha ante el féretro de su primera esposa. He aquí fragmentos de esa nota:

16 de abril. Masha yace sobre la mesa. ¿Me veré con Masha?

Amar al prójimo como a uno mismo, acorde al mandamiento de Cristo, es imposible. La ley del hombre en la tierra une. El Yo estorba. Sólo Cristo podía, pero Cristo fue el ideal eterno, ideal de los siglos, al que el hombre se esfuerza por alcanzar, y por ley de la naturaleza debe intentarlo. Al mismo tiempo, luego de la aparición de Cristo como el ideal humano encarnado, se hizo claro como el día que el desarrollo final más elevado de la individualidad debe llegar precisamente a este punto (al final mismo del desarrollo, al punto mismo de alcanzar la meta), para que el hombre encuentre, cree y, con todo el poder de su naturaleza, se convenza de que el uso más elevado que el hombre puede hacer de su individualidad, de la plenitud del desarrollo de su Yo, sería destruir este Yo, darlo enteramente a todos y a todo, entera y desinteresadamente. Y ésta es la felicidad mayor. De tal forma, la ley del Yo se funde con la ley del humanismo y, en la fusión de las dos, el Yo y el Todo (aparentemente dos opuestos extremos), aniquilándose mutuamente, al mismo tiempo alcanzan la meta más elevada de su desarrollo individual cada uno de una manera especial. Es ese el paraíso de Cristo. Toda la historia, tanto de la humanidad como de cada individuo particular, no es más que el desarrollo, la lucha, el esfuerzo y el logro de esta meta.

Así, el hombre se esfuerza en la tierra por alcanzar un ideal opuesto a su naturaleza. Cuando el hombre no ha cumplido la ley de esforzarse por el ideal, es decir, no ha sacrificado amorosamente su Yo a la gente o a otro ser (Masha y Yo), siente sufrimiento y llama a este estado pecado. Por lo tanto, el hombre debe sentir permanentemente el sufrimiento, que se equilibra con el placer celestial de cumplir la ley, es decir, el sacrificio. Ahí es donde está el equilibrio terrenal. De lo contrario, la tierra sería un sinsentido.

En la base de este esquema está la oposición entre los impulsos egoístas de la naturaleza humana (la «ley de la individualidad») y la búsqueda del ideal (la «ley del humanismo»).

El sufrimiento es el resultado del egoísmo individual, el placer es el resultado del comportamiento moral. Esto contrasta directamente con la concepción de Sigmund Freud, según la cual el «principio del placer», que rige la esfera del inconsciente, es la satisfacción de las necesidades biológicas, instintos que desconocen toda moral. Según Dostoievski, la «ley del individuo» en el desarrollo más elevado debe fundirse con la «ley del humanismo»: el libre albedrío del hombre tiende en última instancia al bien, aunque en el hombre moderno también conduce al pecado. El desarrollo de cada individuo es concebido por Dostoievski como *el desarrollo de su libertad a través del mal hacia el bien*. El libre albedrío es una condición necesaria para el desarrollo moral de un individuo.

Cada persona es la unidad y la lucha de contrarios, el contraste de lo material (individual) y lo ideal (universal). La mayor autoafirmación del individuo, la realización última de su libertad significa al mismo tiempo la abnegación, la fusión con el resto de la humanidad; sin embargo, éste es una idea moral irrealizable en la época actual. La psique humana es un campo de lucha entre dos necesidades, la necesidad de autoafirmación y la necesidad de abnegación. La colisión de estas dos necesidades constituye la base de la tragedia. Dostoievski llega a la idea de la bifurcación trágica del hombre moderno, el hombre de la época de la civilización burguesa.

¿Cómo formuló Dostoievski su misión artística? «Por medio del realismo pleno, encontrar al hombre en el hombre»³. Tal es su principio de selección del material: busca en el hombre el principio ideal, presenta en cuadros dramáticos la tortuosa ascensión del hombre, su lucha consigo mismo. En sus novelas revela ante nosotros la tragedia del Espíritu, la tragedia del individuo aislado. Este aislamiento es el producto de una determinada época histórica y, por muy abstractamente que Dostoievski trate la tragedia del Hombre individual, ésta conserva objetivamente un profundo significado histórico.

Así pues, el libre albedrío es la verdadera esencia del hombre en Dostoievski. Renunciar a la libertad y a la conciencia de sí mismo significa renunciar a la propia individualidad. El hombre es ético por naturaleza, aun si él mismo no lo reconoce. El libre albedrío es peligroso y ciego cuando está vinculado sólo a la razón y cuando el hombre, como ocurre en la sociedad burguesa, suprime en sí mismo (como Raskólnikov) el principio humanista, la «ley del humanismo» inherente a él. El desarrollo de la libertad individual implica siempre el riesgo del error trágico, pero es un riesgo que el ser humano

³ F. M. Dostoievski: *Biografía, cartas y notas de su cuaderno*, San Petersburgo, 1883, pág. 373.

debe correr si quiere ser humano. Así es como se construye la dialéctica del bien de Dostoievski: a través del pecado, el crimen y el sufrimiento hasta la purificación moral y la proeza. Tal solución del problema tiene un carácter abstracto. Sin embargo, esta dialéctica, subyacente en todas las tramas de Dostoievski, tiene en cuenta, en su plasmación práctica y artística, la infinita variedad de la vida, tolera un millón de enmiendas y llega de hecho a un compromiso con la realidad histórica. El plan metafísico se equilibra con el plan histórico. En el fondo, la dialéctica del pensamiento de Dostoievski se desarrolla y se transforma en el proceso de la creación artística; los errores son etapas necesarias del movimiento progresivo. Por ello, debemos tratar con el mayor respeto las obras «débiles» de Dostoievski, como *La patrona* o *Humillados y ofendidos*. La impresión general de los personajes de sus obras es la extraordinaria complejidad y la naturaleza contradictoria del hombre moderno. El conflicto intrapsíquico en las novelas de Dostoievski refleja las contradicciones de la realidad social.

Dostoievski proclamó la idea humanista de la «restauración» (recuperación) de la individualidad humana reprimida, en solidaridad directa con Víctor Hugo y Georges Sand y con gran interés y respeto hacia Tolstói. Perteneció por completo a la falange de los humanistas del siglo XIX, de Schiller a Tolstói, aunque no se parezca a ninguno de ellos. Desafió todos los juicios, sin detenerse ante nada. La constante lucha de Dostoievski fue contra la cosificación del hombre, contra la sustitución de las relaciones entre personas por relaciones entre cosas. No importa desde qué posiciones se opusiera al capitalismo («crítica desde la derecha», socialismo cristiano), Dostoievski previó su superación.

Traducción de Jerónimo Pereyra.

Revisión de Jordi Morillas.